

Educación emancipadora para la autonomía*

John Sargis

El objetivo de la educación emancipadora es estimular al estudiante a cuestionar todos los valores, ideas, normas, creencias, etc., que son los supuestos que constituyen el paradigma social dominante. Este acto educacional abre un espacio de ruptura que emancipa al aprendiz de la sumisión hacia todo eso que daba por supuesto. Este cambio no es un viraje, ni una marcha atrás ni una vía alternativa, sino una ruptura permanente con el poder por el que estos supuestos se consideraban deseables y aceptables. Hace falta un examen crítico y un posterior abandono de aquellas perspectivas no cuestionadas para proporcionar nuevas experiencias que influyan en el cambio y que al mismo tiempo den un significado nuevo a la libertad y la autonomía. El verdadero aprendizaje transforma a la persona aprendiz, que cambia de modo cognitivo, pasando de ser espectador/reactor a ser una persona diferente: reflexiva y activa. Los antiguos valores heterónomos del paradigma social dominante quedan fuera de juego, dejando en suspense los principios predefinidos que someten al estudiante a una falsa consciencia que encaja perfectamente con la economía de mercado y la “democracia” representativa y lo empujan hacia la pobreza de la deseducación y la despolitización. Ser educados para la autonomía individual y social es ser auto-organizados y responsables; comportarnos de acuerdo con unos valores y normas auténticamente escogidos; darnos cuenta de nuestras intenciones y deseos y del peso de la historia propia. Así, la autonomía sólo puede aparecer en la experiencia de la reciprocidad y el respeto mutuo, y de una nueva concepción de lo que significa ser humano. Una persona autónoma puede dar sentido y rehacer, de una manera libre, autosuficiente y auténtica, el mundo que le ha sido presentado como objetivo. Así pues, una persona autónoma no puede ser manipulada para hacer juicios confusos, sino que se dedica a romper con las garras de la rutina represiva dictada por los valores de la cotidianidad ordinaria. Un ejemplo es el aprendizaje universal que se experimenta cuando se aprende a atarse los zapatos. Un niño da por supuesto que siempre ha tenido los zapatos atados y no concibe ningún otro valor, pero un día, cuando tiene cinco años, alguien le da unos zapatos desatados para enseñarle como atarlos. El niño se enfrenta entonces a un problema, a una nueva experiencia que le incita a resolver el problema a pesar de que su experiencia anterior no le ofrecía ninguna solución. Después de alguna imitación y de la adquisición de habilidades que requieren una reconstrucción de la realidad en la manipulación de los cordones de los zapatos, finalmente la tarea se completa: el nudo se ha atado, el niño ha cambiado. Este experimenta lo mismo cuando aprende nuevas habilidades de cualquier tipo y nunca volverá a utilizar el sistema de valores de la realidad previa porque sabe eso que antes no sabía. En la experiencia del niño ha habido una ruptura intencionada que lo ha empujado a emplear sus habilidades intelectuales (cognitivas) y psicomotrices con tal de resolver el problema. Ahora el niño puede escoger ser aprendiz (libre) o reactor (esclavo).

La adolescencia es un buen momento para empezar a educar para la libertad y la igualdad, es decir, para la autonomía, porque la adolescencia es el período en el que las personas jóvenes empiezan a cambiar físicamente y a formarse sus propias ideas (su personalidad frente a su ego) sobre la sociedad, la comunidad, la libertad, el trabajo, la igualdad, la justicia, etc.; es decir, sobre el modo en que se organiza la sociedad. Los adolescentes ya no se aferran a la infancia, donde la lógica se aplica únicamente a objetos concretos y controlables, sino que están abiertos a ideas más abstractas y a estructuras de pensamiento formal que son necesarias para analizar conceptos como la justicia social, los deberes cívicos, la pobreza, la desigualdad, etc., en sus planos individuales y socialmente compartidos para el cambio. Pueden juzgar por sí mismos, en igualdad de condiciones con los adultos. Pueden entrar en contacto con la experiencia crítica por lo que concierne al modo en que viven y a las realidades de los otros en sociedad, por lo que respecta al modo en que se emplea el lenguaje y se actúa en el mundo a través de la consciencia de poder, es decir, cómo se toman las decisiones en las instituciones sociales, en los lugares de trabajo, en las escuelas, en los hogares... y

cómo éstas se entrelazan en el tejido del paradigma social dominante. El adolescente, a través del cuestionamiento y la crítica, puede pasar fácilmente de la clase opresora al bando de los oprimidos. Tal y como remarca Hannah Arendt, “las personas se crean a sí mismas en el momento en que se interrogan sobre cuestiones de significado”[1].

Los educadores tienen que comprender que, en el acto educativo, la síntesis necesaria para que tenga lugar cualquier tipo de aprendizaje tiene que producirse en un entorno en el que el estudiante se sienta libre de ambigüedades de los valores, las creencias y la moral del paradigma social dominante, que oprime y somete. Si los pensamientos y los principios de cada momento son sólo el resultado de causas externas, entonces los razonamientos que hace el maestro o el estudiante quedan invalidados, porque es la consciencia la que constituye objetivos, verdades, valores, etc. En el momento en que nos damos cuenta de esto, o bien asumimos las tareas de conocimiento y acción que nos permiten vincularnos con experiencias de mayor calidad, o bien recaemos en los postulados dudosos y defectuosos –pero no obstante condicionados- de profesores, clero, policías, padres y madres, expertos, pedagogos, etc., que nos hacen ignorar a dónde vamos y de dónde venimos. No se trata de reducir el conocimiento humano a sensaciones de eso de de aquello, sino de utilizar el conocimiento para descubrir los valores, costumbres y creencias heterónomas, que nos mantienen atados al sistema a través de “cháchara inútil”, es decir, de la curiosidad inoperante que el sistema necesita para mantener el control social. Cuando damos por sentado el sistema, nos olvidamos de pensar y perdemos así la oportunidad de aprender. El estudiante se ve privado de espontaneidad, de autodeterminación y de autonomía. En el acto educativo, la expresión de uno mismo, la comprensión y la autodeterminación reaparecen como reacción al trasfondo del paradigma social dominante. Los prejuicios reflejan valores, creencias y costumbres establecidas no cuestionadas. Esta perspectiva nos hace conscientes de los vínculos que ponen de manifiesto el origen de todos los significados auténticos: la autonomía

Cambiar la sociedad requiere al menos una ruptura radical con los valores jerárquicos dados y con la presunta inevitabilidad de la actual organización social. Pero implica también, y de un modo igual de importante, la praxis –la reflexión crítica y la acción sobre una situación compartida con los otros, en que existen intereses y necesidades comunes. La sociedad de consumo contemporánea, como principal componente y fuerza del paradigma social dominante, se organiza heterónomamente entorno a valores autoritarios/coercitivos, coherentes con la economía de mercado y la “democracia” representativa (el “sistema”). Romper con estos valores predefinidos significa rechazarlos a causa de su naturaleza rutinaria, homogeneizada y desconcertante, propia de la cultura e instituciones sobre las cuales se estructura la vida diaria. No obstante, para existir autónomamente como grupo de personas auto-dirigidas, auto-dependientes e intersubjetivas integradas con la sociedad y la naturaleza, hace falta que se produzca un cuestionamiento colectivo radical por lo que respecta a la legitimidad y a la permanencia del paradigma social dominante, con tal de identificar nuevas necesidades que surjan y que entren en contradicción con las habilidades, aptitudes, creencias y valores que tienen que existir para que la sociedad de consumo tenga éxito. Con el fin de abolir, hundir y reemplazar los valores que actualmente se premian, que condicionan y producen roles sociales promovidos por la economía de mercado y la “democracia” representativa, es necesario que las escuelas ayuden a los estudiantes a identificar las organizaciones opresoras, así como a entrar en contacto con la lucha por el cambio social. Los valores de la sociedad de consumo dan por sentado un determinado concepto de la naturaleza y de la naturaleza humana que justifica la forma de organizar las instituciones sociales. El sistema necesita individuos moldeables, reactivos, flexibles, presuntuosos, que no cuestionen ni traten de sacar conclusiones, que no formulen propuestas ni construyan argumentos, es decir, que no sean capaces de razonar más allá de la inanidad o la curiosidad vana en la que se encuentran inmersos, que sean obstinadamente resistentes al pensamiento y a la experiencia críticos, que sean consumidores empedernidos que a penas lleven a cabo procesos de deliberación-decisión mínimamente inteligentes... en definitiva, individuos que apoyen y reproduzcan los valores del sistema y que condicionen a los demás a adquirirlos. No es

extraño, pues, que nuestras sociedades se estén hundiendo, ya que las instituciones sociales no se construyen sobre la base de la libertad y la igualdad sino sobre valores que van de la mano de la economía de mercado y la “democracia” representativa. Existe una necesidad urgente de educar para la autonomía, cuestionando la obediencia y el respeto a la sociedad de la autoridad y a las instituciones que esta requiere. Si los maestros empiezan a practicar la educación emancipadora no sólo en sus áreas de estudio sino también cuestionando los valores del paradigma social dominante, podrían empezar a romperlo. Pero si los maestros están de acuerdo con el sistema o aceptan tirar adelante con él, se rinden a la confusión y apoyan la desinformación provocada por la adherencia a unos valores incuestionables. Las personas podemos asimilar cualquier tipo de condicionamiento, pero como remarcó Sartre: sólo cuando somos capaces de concebir otro modo de organizar la sociedad que sea mejor para todos, sólo en este caso, la barbarie de nuestra situación actual se vuelve intolerable. I es por esto que los maestros son tan importantes, porque son quienes deciden el modo como se tratarán estas cuestiones y el currículum que determina cómo se articula el potencial de cada estudiante.

Para establecer una ética democrática es necesario deshacerse del pensamiento actual sobre el significado de libertad, igualdad y naturaleza humana.

Desde la perspectiva de la Democracia Inclusiva (DI), las élites de la economía de mercado y la “democracia” representativa han concentrado el poder de toma de decisiones políticas y económicas, hecho que impide la distribución democrática del poder en todos los ámbitos de la sociedad, es decir, la distribución igualitaria del poder económico, político y social y la igualdad en la esfera ecológica. El proceso de toma de decisiones queda relegado a unas pocas personas que no sostienen los valores autónomos de una sociedad autónoma: una sociedad auto-gobernada donde cualquier persona pueda cuestionar cualquier institución, cualquier autoridad, y participar con las demás en la determinación del propio futuro.

La razón de ser de la estrategia de transición hacia una DI es que el cambio sistémico requiere una ruptura con el pasado que se extiende tanto en el ámbito institucional como cultural; una ruptura de este tipo es únicamente posible a través del desarrollo de una nueva organización política para el cambio sistémico que construya una clara consciencia antisistémica a una escala social masiva.

Desde el punto de vista de la Democracia Inclusiva, la transición hacia una sociedad autónoma es urgente y, como remarca Takis Fotopoulos, “la Paideia democrática requiere un nuevo tipo de racionalismo que vaya más allá del racionalismo de tipo 'objetivista' que heredamos de la Ilustración, es decir, un racionalismo basado en la democracia, como estructura y como proceso de auto-institución social”[2].

* Este es el texto (traducido del inglés) de una intervención de John Sargis con motivo de la presentación en Atenas del libro (al cual contribuye) *Globalised Capitalism, The Eclipse of the Left and Inclusive Democracy* (en grec), editado por Steve Best (Atenas: Koukkida, May 2008). Esta intervención fue publicada después en *The International Journal of Inclusive Democracy*, vol.4 no.3 (July 2008)

[1] Hannah Arendt, *The Life of the Mind: Thinking*, Vol. 1 (New York: Harcourt, Brace Jovanovich, Inc., 1978), pág. 62

[2] Takis Fotopoulos, “From (Mis)education to Paideia”, *Democracy & Nature*, Vol. 9 No. 1 (March 2003), pág. 35